

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
FACULTAD DE FILOLOGÍA



GRADO EN  
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

Elementos y temperamentos hipocráticos  
en la *Fábula de Polifemo y Galatea*  
de Luis de Góngora

Autor/a: Sandra Hernández Martín

Tutor: Dr. Javier San José Lera

Salamanca. Curso 2020-2021

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
FACULTAD DE FILOLOGÍA  
GRADO EN  
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

Elementos y temperamentos hipocráticos  
en la *Fábula de Polifemo y Galatea*  
de Luis de Góngora

Autor: Sandra Hernández Martín

Tutor/a: Dr. Javier San José Lera

VºBº



Salamanca. Curso 2020-2021

Esos espacios vacíos de los ventrículos del cerebro  
que desconciertan a filósofos y médicos contienen  
nada menos que el alma.

(Miguel Servet, *Christianismi restitutio*)

## ÍNDICE

1. Introducción.
2. Los elementos. Definición y contexto en la Filosofía natural griega. Empédocles y Aristóteles.
3. Hipócrates y los temperamentos.
4. Elementos y temperamentos en el Siglo de Oro.
5. Elementos y temperamentos en la *Fábula de Polifemo y Galatea*.
  - 5.1. Elementos y paisaje.
  - 5.2. Temperamentos y personajes.
  - 5.3. El personaje de Polifemo, de la melancolía a la cólera.
6. Conclusiones.
7. Bibliografía.

## 1. INTRODUCCIÓN

Culturas, religiones y escuelas filosóficas de todas partes han prestado atención al estudio del alma que, tal y como se define en el *Diccionario de la Real Academia*, constituye el “principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida”. También, como afirma Guillermo Serés (2019:15), al alma se le conoce como la parte divina del ser humano, inmortal, ya que existía antes que el cuerpo, y durará más allá de la muerte. Pues, aunque los autores a continuación mencionados fundamenten sus teorías en la parte física del ser, estas tienen su base en el alma, que es donde se desarrollan las pasiones y acciones del ser humano que condicionan su relación en el mundo.

La Filosofía natural y la Medicina grecolatina y árabe penetraron en las culturas Occidentales, sirviendo de modelo a muchos autores, como los poetas. Estas teorías forman parte del acervo de la formación del hombre culto, como lo es Góngora, quien las aprovechó para su obra *Fábula de Polifemo y Galatea*, en la cual se manifiesta la evolución del cíclope Polifemo desde una melancolía hasta una cólera con consecuencias fatales. Por eso, el estudio de los temperamentos, en relación con los componentes del relato (acciones, descripción de personajes y escenarios), será importante para comprender el trasfondo de esta obra. Los elementos también se manifiestan en ella, pues el aire, la tierra, el fuego y el agua, en definitiva, la naturaleza, también condicionan a los personajes.

Desde esta reflexión inicial, la intención de este trabajo es buscar el alma de Polifemo para ver de qué forma, en la *Fábula de Polifemo y Galatea* de don Luis de Góngora, evoluciona desde el temperamento de la melancolía hasta la cólera, y cuáles son las consecuencias de esto en la obra. Para ello, será importante saber de dónde proceden los temperamentos del ser humano y cuál es su relación con los cuatro elementos –tierra, agua, aire y fuego–.

Me valdré de obras nacidas en la Filosofía natural griega, como *Física*, *De Caelo* o *Metafísica* de Aristóteles para estudiar cómo interpretaban la creación del ser, también de las obras de Empédocles para comprender su teoría sobre los elementos; repararé obras médicas, como las de Hipócrates o Galeno, para así observar cómo fundamentan las enfermedades del alma en la naturaleza. Serán importantes también las obras medievales,

las cuales han servido para entender cómo, poco a poco, la Filosofía natural ha ganado terreno en muchos ámbitos; y así llegar, finalmente, al estudio de la enfermedad del alma de Polifemo y la manifestación de los elementos en la obra.

## 2. LOS ELEMENTOS. DEFINICIÓN Y CONTEXTO EN LA FILOSOFÍA NATURAL GRIEGA. EMPÉDOCLES Y ARISTÓTELES

La Física antigua definió los elementos como los componentes esenciales de la naturaleza y del ser humano. Se atribuye a Empédocles, en su poema *Perí Físeos* (*Sobre la naturaleza de los seres*), la identificación de los elementos, término dado por Aristóteles, quien recoge esta teoría, la perfecciona, y la incorpora a sus obras *Física*, *Metafísica* y también *De Caelo*. De hecho, en esta última, concretamente en el Libro III, da una definición de ‘elemento’ –aunque también la encontramos en el Libro V de *Metafísica*–:

Digamos, pues, que es elemento, entre los cuerpos, aquel en que los demás cuerpos se dividen y que está intrínsecamente presente (en ellos), bien sea en potencia, bien en acto [...] mientras que él mismo es formalmente indivisible en otros cuerpos, (Aristóteles. 1996).

Empédocles, por su parte, denominó a sus “raíces” con nombres de dioses: Zeus sería el aire, Hera la tierra, Edoneo el fuego y Nestis el agua<sup>1</sup>. Y así lo manifiesta en su obra *Sobre la naturaleza de los seres*: «Escucha primero las cuatro raíces de todas las cosas: Zeus brillante, Hera dadora de vida, Aidoneo y Nestis, que con sus lágrimas hace brotar la fuente mortal». (Empédocles, 1981: 76). Para él, la tierra, el agua, el aire y el fuego se encuentran en los cuerpos, y es lo que da origen a todo.

Estos elementos son indestructibles y, por lo tanto, todo lo existente se debe a la unión o separación de ellos. Además, en función de cómo se hayan mezclado estos elementos, se dará lugar a unas cualidades u otras del ser humano.

---

<sup>1</sup> Empédocles utiliza el término “raíces” para aludir a los elementos. No será hasta Aristóteles cuando aparezca el término “elemento”. Véase al respecto González Escudero (1981:62-69)

Para Empédocles existen dos motores cósmicos: Amor y Odio, o bien, *Philotes* y *Neikos*, que condicionan la relación de los elementos: cuando triunfa el Amor, el ser es pleno –*Sphairos*–, y cuando triunfa el Odio, se divide:

Todavía quiero decirte otra cosa: no hay creación para nada de lo que es perecedero, ni tampoco desaparición en la funesta y modificación de lo mezclado, porque creación a este propósito es sólo una denominación dada por los hombres: Muerte vergonzosa.

Porque de lo que en modo alguno existe es inconcebible que nazca nada, que lo existente desaparezca por entero es tan imposible como increíble pues estará siempre allí donde esté situada cada cosa, (Empédocles, 1981 :77-78).

El contexto en el que surgió la filosofía de Empédocles fue el de la metafísica de Parménides y la filosofía pitagórica. Parménides buscaba un principio universal único para explicar el cosmos, pero, al igual que Heráclito, defensor del movimiento, no lo pudo hacer según sus teorías. Empédocles, que renuncia, en cierto modo, a esto, afirma que, en lugar de ser un único principio del que se compone y descompone el cosmos, son cuatro, cuya mezcla forma los distintos organismos. Aristóteles recogió esta teoría, como antes se ha mencionado, y denominó a aquellos que estaban de acuerdo con ella ‘pluralistas’, quienes plantean que el nacimiento y muerte de los seres vivos no es más que la composición y descomposición de estos cuatro elementos. (García Gual, 1995-1996: 15-17).

Platón reformuló este principio y explicó la creación del universo en los siguientes términos:

Lo ha compuesto, en efecto, de todo el fuego, de todo el aire, de toda el agua y de toda la tierra, y no ha dejado fuera del mundo ninguna parte de ningún elemento, como tampoco ninguna cualidad, (Platón, 1969:1136).

Esta doctrina quedará totalmente integrada en la configuración física del ser recogida en la obra de Aristóteles. Tal y como él establece en su obra *Física*, tiene que haber un principio o muchos para explicar el ser. Algunos físicos creen que el primer principio es el Aire, como Anaxímenes y Diógenes de Apolonia; otros que es el Agua, como Tales e Hipón de Samos. Los pitagóricos, en cambio, hablaban de que había dos

principios: calor y frío, fuego y tierra, par e impar, y otros, tales como Empédocles, que había cuatro.

Negando las teorías de Parménides o Meliso sobre lo estático y homogéneo, Aristóteles afirma que todo aquello que procede de la naturaleza está en movimiento, y que no es posible que solo exista un principio –o elemento–, ya que existen principios contrarios y, por lo tanto, no podrían ser el mismo.

Lo que ha hecho Aristóteles es, en conclusión, perfeccionar la teoría de Empédocles afirmando que el ser humano no está compuesto únicamente de un elemento, sino de varios, diferentes entre sí. Los elementos, además, como afirma Aristóteles, están sometidos a una transformación, y su combinación determina las cualidades de la naturaleza, algo que será la base de las modificaciones del carácter que se observará en los personajes de la *Fábula*.

### 3. HIPÓCRATES, GALENO Y LOS TEMPERAMENTOS

Hipócrates fue quien elaboró la teoría de los cuatro temperamentos, pero en verdad lo que hizo fue ampliar la teoría de Empédocles sobre los cuatro elementos. Afirmó que la salud de los hombres venía dada del equilibrio entre los cuatro humores: sangre, bilis amarilla, bilis negra -o melancolía- y flema. Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) dice que Aristóteles intentó buscar otro modo de significar a la naturaleza, y que los temperamentos deben ser denominados, en sí, ‘naturaleza’, porque es aquí donde nacen las habilidades, virtudes, vicios e ingenios del hombre (2003: 86-87).

En relación con la teoría de Empédocles, durante el siglo V a.C. existió la creencia de que el equilibrio de los temperamentos daba lugar a la oposición entre las cualidades procedentes de los elementos tierra, fuego, aire y agua: calor frente a frío y seco frente a húmedo. De este equilibrio, afirmaban los griegos, se desarrollaba la razón, la emoción y la conducta, siendo la emoción el núcleo de estas tres.

Galeno, fiel seguidor de Hipócrates, denominó a la cualidad del frío, temperamento melancólico; a la cualidad del calor, temperamento sanguíneo; a la cualidad de la sequedad, colérica; y a la de la humedad, flemática. Cuando uno de los humores falta o se sobrepasa, se produce un desequilibrio que da lugar a estos



temperamentos. Sin duda alguna, es la emoción el núcleo del ser humano –todas las respuestas son dadas bajo esta conducta– y lo que define los temperamentos. (Albores-Gallo, Márquez-Caraveo, Estañol. 2003:18). Además, en su obra *Sobre las facultades naturales. Las facultades del alma*, dice que los temperamentos nacen de los buenos humores, y se desarrollan con ellos. Así, los que son coléricos, debido a su temperamento caliente, tienen constantes arrebatos, pero aquellos cuyos temperamentos están proporcionados tienen, por lo general, buen ánimo. Galeno afirma que el alma se ve perjudicada por los temperamentos del cuerpo, algo que comprobó diferenciando a los niños, porque dice que, aunque todos los seres son iguales hay en ellos alguna diferencia, marcada por el temperamento, que lo hace más colérico, flemático, sanguíneo o melancólico, (Galeno, 1916: 213-214).

En relación con esto, cada uno de los temperamentos se manifiesta más o menos en las distintas épocas del año (según también las cualidades frío, calor, sequedad y humedad): primavera, verano, otoño e invierno. El propio Hipócrates así lo afirma en su tratado *Sobre los humores*. (1986: 42-63). Esto es importante, pues más adelante podremos comprobar cómo Polifemo, en su ataque colérico, acusa a la sequedad del verano.

Francisco Rico (2005:129-130), que estudió la importancia de esta teoría para la configuración de la idea del hombre como microcosmos, afirma que los cuatro temperamentos o humores no son más que la versión de los cuatro elementos, que rigen el mundo, en el hombre. Es decir, como si el aire, el agua, la tierra y el fuego fuesen, en el hombre, la sangre, la flema, la cólera y la melancolía. Podríamos resumirlo así:

<b>Elemento</b>	<b>Cualidades</b>	<b>Humor</b>	<b>Tipo</b>	<b>Época</b>
<b>Aire</b>	caliente y húmeda	sangre	sanguíneo	primavera
<b>Tierra</b>	fría y seca	bilis negra	melancólico	otoño
<b>Fuego</b>	caliente y seco	bilis amarilla	colérico	verano
<b>Agua</b>	fría y húmeda	flema	flemático	invierno

Pero, como él mismo indica, esto no es más que una correferencia entre el macrocosmos y el microcosmos. Pues, tal y como manifiesta en su obra *El pequeño mundo del hombre: varia fortuna de una idea en la cultura española* (2005), el hombre

es ese microcosmos, literalmente ‘mundo pequeño’, que se ha configurado en el macrocosmos, que es el universo.

Al fin y al cabo, lo que plantea Hipócrates es que todos los seres humanos tenemos cuatro humores: sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla. Si todos están en armonía se desarrolla la salud, la razón, la emoción y la conducta. Cada uno de ellos se activa en función de la cualidad con la cual se relacionan –frío, calor, sequedad y humedad–; cuando una de esas cualidades prima por encima de las demás, que suele ser en la estación del año que le corresponde –primavera, para humedad; verano para calor; sequedad para otoño; e invierno para frío–, se da un desequilibrio, y uno de los humores crece, desarrollando así uno de los temperamentos: sanguíneo, flemático, melancólico y colérico.

#### 4. ELEMENTOS Y TEMPERAMENTOS EN EL SIGLO DE ORO

Como sabemos, tanto la doctrina de Empédocles como la de Hipócrates, a menudo han sido usadas, a partes iguales, para explicar la naturaleza del ser humano. Y así se manifiesta en un fragmento de la obra *Libro del caballero et del escudero*, de don Juan Manuel, en la que aúna muy bien la teoría de los cuatro elementos y la teoría hipocrática:

«Segunt lo poco que yo entiendo, tengo que los elementos son cuatro cuerpos: el fuego, et el aire, et el agua, et la tierra; et que eran más simples al comienzo cuando Dios los crió de cuanto son agora (...) el aire, et el fuego, et el agua, et la tierra, cuatro elementos, así el home ha en sí cuatro humores, que son la sangre, et la cólera, et la flema, et la malenconía (...) el home semeja mucho al mundo, porque ha en él todas las cosas, et porque todas las cosas del mundo creó Dios para servicio del home», (Don Juan Manuel, 1952: 244).

De modo que será importante para el desarrollo del trabajo hacer un recorrido por las distintas épocas en las que estas dos doctrinas tuvieron cierta importancia, para llegar finalmente al siglo XVII, momento en que fue concebida y escrita la obra de Góngora que analizaremos más tarde.

La labor del taller de Alfonso X el Sabio va a hacer que se desarrollen escritos en lengua vernácula y, además, gracias a las traducciones va a introducir en las culturas occidentales la cultura árabe, la teoría filosófica y médica de la antigua Grecia y, con ella,

a autores como Aristóteles. España se hace claramente partícipe de ese “renacimiento europeo” del siglo XIII, y va a representar un papel fundamental en el mismo. Las traducciones que se hicieron durante la Edad Media de los tratados árabes contribuyeron al conocimiento de la cultura y al desarrollo del intelecto en lo conocido como la alta Edad Media. De hecho, la figura de Aristóteles entra en España por las traducciones que se hicieron de los árabes, para quienes el autor griego era muy importante. Además de Aristóteles, se conocieron autores como Empédocles, Hipócrates, y Galeno. La cita de Don Juan Manuel introducida al comienzo de este epígrafe ejemplifica bien esta filtración en la cultura medieval española.

La doctrina de los cuatro elementos se fue difundiendo poco a poco por España con obras como *Etimologías*, de San Isidoro. También con Santo Tomás, Ramón Llull, el Canciller Diego García de Campos... (Salazar Rincón, 2002: 319-328).

En la obra *Tratado de astrología* del Marqués de Villena vemos cómo perdura la teoría planteada por Empédocles:

...los elementos, dezimos que son quatro: fuego, aire, agua, tierra. Et si pregunta cuál es su substancia, dezimos que de la tierra es seque-dat, e de agua frialdat, e de aire humidat, e de fuego calentura. Et si alguno dize dó están estos elementos, dezimos que están en la composición de cualquiera cuerpo natural de los animales pues que es elementos de estos quatro elementos, (El Marqués de Villena, 1980: 77. 78).

Vemos, por lo tanto, que esta doctrina, durante la Edad Media, asentó las bases de una “preciencia” basada tanto en los elementos como en los temperamentos, dos hipótesis que seguirán siendo aceptadas en el Renacimiento, época de la ciencia moderna, por teólogos, científicos y poetas, (Salazar Rincón, 2002: 333).

Es importante saber que la medicina del siglo XVI dependía, en cierto modo, de los estudios de los dos autores clásicos citados, Hipócrates y Galeno, (cuyas teorías se fundamentan en la filosofía de Empédocles y de Aristóteles) y de las traducciones de las obras medievales que se habían hecho anteriormente

Adentrándonos en los Siglos de Oro, es significativo ver cómo se definía en ese momento el sustantivo ‘elemento’; en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias, de 1611 se define así: «es aquello último en que todas las cosas pueden venir a resolverse, y de donde tomaron principio. Y propiamente hablando son quatro los elementos: fuego, ayre, agua y tierra». Será en este momento cuando la teoría desarrollada por Empédocles

llegue a todos los ámbitos del saber y se convierta en teoría común. Podemos espigar algunos ejemplos de autores representativos, en un contexto creativo cercano al de Góngora, para mostrar cómo la teoría se ha convertido en un lugar común. Así por ejemplo la encontramos incorporada en uno de los madrigales de Quevedo, concretamente en el II:

está el ave en el aire con sosiego,  
en el agua el pez, la salamandra en fuego  
y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,  
está en sombra en la tierra  
Yo sólo, que nací para tormentos,  
estoy en todos estos elementos:  
la boca tengo en aire suspirando,  
el cuerpo en tierra está peregrinando,  
los ojos tengo en agua noche y día  
y en fuego el corazón y el alma mía. (Quevedo, 2011).

El primer monólogo de Segismundo, en la comedia *La vida es sueño*, construye una estructura dialéctica y retórica sobre la base de los cuatro elementos:

SEGISMUNDO:

(...) Nace el pez, que no respira,  
aborto de ovas y lamas,  
y apenas bajel de escamas  
sobre las ondas se mira,  
cuando a todas partes gira,  
midiendo la inmensidad  
de tanta capacidad  
cómo le da el centro frío;  
¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad?  
Nace el arroyo, culebra  
que entre flores se desata,  
y apenas sierpe de plata,  
entre las flores se quiebra,  
cuando músico celebra

de las flores la piedad  
que le dan la majestad,  
el campo abierto a su huida;  
¿y teniendo yo más vida,  
tengo menos libertad?  
En llegando a esta pasión,  
un volcán, un Etna hecho,  
quisiera sacar del pecho  
pedazos del corazón. (Calderón de la Barca, 2007).

Lo encontramos también en la literatura hispanoamericana, en la *Loa a los años del reverendísimo padre maestro fray Diego Velázquez de la Cadena, representada en el Colegio de san Pablo*, de Sor Juana Inés (2002: 338):

todo esté con tal medida  
todo con tal orden sea  
que, ni al mar crezca una gota,  
ni mengüe un punto la tierra,  
ni al aire un átomo falte,  
ni al fuego sobre centella  
sino que con tal concierto  
eslabonados se vean,  
que, con esférica forma,  
a la tierra el mar rodea,  
al agua el aire circunde  
y a aire el fuego contenga,  
haciendo sus cualidades  
ya hermanadas y ya opuestas,  
un círculo tan perfecto,  
tan misteriosa cadena,  
que a falta un eslabón  
de su circular belleza  
todo acabara, y el orden  
universal pereciera. (Sor Juana Inés, 2005).

Como vemos, a menudo, muchos autores del Siglo de Oro se han valido de estos principios de la Filosofía natural para ilustrar sus obras.<sup>2</sup> Pues, como afirma Salazar Rincón (2002), estos poetas han sabido encontrar, por ejemplo, en los cuatro elementos de Empédocles la manera en la que fundamentar muchas de sus composiciones. Estos elementos, con la llegada de la ciencia moderna en el siglo XVI, pasarán a ser estados: sólido, líquido, gaseoso y plasma.

De modo que vemos entonces de qué forma la doctrina de los cuatro elementos desde la Filosofía natural griega se ha ido adentrando poco a poco en todos los ámbitos para explicar el mundo, su creación y al hombre, hasta llegar a ser tema común de la cultura de los grandes autores del Siglo de Oro como Calderón de la Barca, Góngora, Quevedo o Lope de Vega.

Ahora bien, remontémonos de nuevo a la Filosofía natural griega, concretamente, a la época de Hipócrates. Como sabemos, este médico, fue quien desarrolló la teoría de los temperamentos. Según esta teoría, como hemos visto, estamos compuestos de cuatro humores, los cuales predominan unos sobre otros según la estación del año en la que nos encontramos. Cuando esto ocurre, la persona afectada cae enferma, desarrollando así uno de los cuatro temperamentos: sanguíneo, melancólico, colérico o flemático.

El médico Juan de Aviñón, a quien menciona Francisco Rico, hizo en su *Sevillana Medicina* de 1545 una comparación del hombre y del mundo:

Ca bien así como el mundo es departido en tres partes, conviene a saber, mundo espiritual, mundo celestial y mundo terrenal, assi es en el home semejança desto. Ca en la cabeça están los sesos espirituales en el coraçon la virtud vital y en figado la virtud natural, en que se significan los tres mundos dichos. Otrosí, bien, así, como en el mundo hay el sol y la luna, así han los homes dos ojos para alumbrarse. E assi como en el cielo hay cinco estrellas réticas, así en el home dos orejas, e la nariz e la boca, que son cinco. Y el coraçon es comparado al sol, y el cerebro a la luna, y la melancolía a Saturno, e Júpiter a la cólera e Marts a la sangre, e las doze costiellas así como doze signos, e los cabellos son comparados a las yervas que nacen en la tierra, e los huessos son comparados

---

<sup>2</sup> La Filosofía natural formaba parte del currículum de estudios universitarios de las Artes, previos a la titulación superior, y se estudiaba, principalmente, con los textos de Aristóteles.

a las piedras, ca non han sentimiento en ellas. (Juan de Aviñón, cit. en Rico, 2005: 129-130).<sup>3</sup>

Las obras hipocráticas iban ganando cada vez más terreno en el Renacimiento español, sobre todo por el creciente auge de la imprenta, que ayudó a que esas obras se tradujeran e imprimieran en distintas lenguas. Así, los temperamentos se convirtieron en uno de los principales temas culturales del Renacimiento, y se observa en personajes como Hamlet, el Quijote, Segismundo o Polifemo. De modo que, al igual que los elementos, se manifestarán en obras de todo tipo.

Veamos, entonces, cómo estas dos doctrinas nacidas en la Filosofía natural griega, que han trascendido hasta la actualidad, se reflejan en algunos de los personajes de la mitología clásica y de los Siglos de Oro: Galatea, Acis y Polifemo, y también en todo el entorno que rodea a la obra *Fábula de Polifemo y Galatea*, de Luis de Góngora.

## 5. ELEMENTOS Y TEMPERAMENTOS EN LA *FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA*

En obras anteriores, pero muy cercanas al momento de creación de la *Fábula* gongorina, se observa también la atención a la teoría de los temperamentos en el trazado de los personajes. Concretamente ocurre esto en el capítulo XXVI de la Primera parte de la gran obra de Cervantes, *El Quijote* (1605). Se narra aquí cómo el protagonista, haciendo penitencia, dice lo siguiente: «cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o Amadís en las malencónicas» (DQ, I, 26). Esos dos adjetivos, ‘desaforadas’ y ‘malencónicas’, se refieren a dos temperamentos hipocráticos: ‘desaforadas’ es el temperamento colérico, y ‘malencónicas’ el melancólico, y definen la actitud temperamental de los enamorados: en el primer caso de Roldán, quien se vuelve colérico tras sospechar de la infidelidad de Angélica; y en el segundo de Amadís, melancólico por el desdén de Oriana. Polifemo en la *Fábula* actúa bajo estos dos temperamentos por las mismas causas: melancólico por enamorado y no correspondido y colérico tras descubrir el “engaño” de Galatea. También manifestará otro temperamento: el sanguíneo, por esperanzado en su fin. Posiblemente el temperamento flemático no lo

---

<sup>3</sup> Tres siglos después, lo defendió Torres Villarroel en su obra *Lo más precioso y preciso de las medicinas: Cartilla astrológica y médica*, algo importante, porque nos explica, también, de qué forma se entendió esta teoría posteriormente.

encontremos en el personaje, algo que se da por la falta de equilibrio entre los humores debido a la pasión amorosa, igual que les ocurre a los caballeros en *El Quijote*.

Para observar cómo Polifemo pasa por estos tres temperamentos es importante primero ver cómo se manifiestan los elementos en la obra, puesto que hemos señalado que estos son el cimiento sobre el que se construye la consideración del carácter.

### 5.1. Elementos y paisaje

Después de las tres primeras octavas dedicatorias al Conde de Niebla, en la cuarta estrofa de la *Fábula* comienza la materia narrativa, con la descripción de la isla de Sicilia, que es el escenario donde tiene lugar toda la acción dramática de la obra<sup>4</sup>. Esta isla es una isla volcánica, movida por el fuego, cuyo color plata surge cuando las aguas del «espumoso mar siciliano» chocan con el monte Lilibeo, donde se localiza el volcán Etna: «el pie argenta de plata al Lilibeo» (v. 26). Ya tenemos la mención en esta cuarta estrofa de dos elementos: el agua y el fuego, pues el llano está cubierto de ceniza del fuego del volcán, de ahí el adjetivo «cenizoso» (v. 29) aplicado al “llano”. Es importante esa idea de que la isla es volcánica porque el fuego es el escenario simbólico de las pasiones desatadas de los habitantes de la isla, que están enamorados de Galatea por su belleza.

Esta especie de relación entre agua y fuego también se manifiesta en la descripción de Polifemo en la estrofa VII, a quien se describe como hijo fiero de Neptuno (v. 50), dios de las aguas; pero no solo así, sino también como un «monte de miembros», debido a su grandeza. La alusión al fuego, al calor, está presente cuando se habla de su único ojo, del que se dice que es «émulo casi del mayor lucero» (v. 52), es decir, se transforma metafóricamente en el sol, fuente de fuego y de calor. En la estrofa VIII se compara a Polifemo con el Leteo: su barba es un torrente, tiene el pelo negro y revuelto (vv. 57-61), como las aguas del río, que es uno de los que recorren el infierno y se caracteriza por ser el río del olvido, algo que se identifica con el sentimiento que tiene la ninfa Galatea hacia Polifemo, de la que él está enamorado. También vemos la alusión al viento, cuando dice que es este quien peina su cabello: «al viento que lo peina proceloso // vuela sin orden, pende sin aseo». (vv. 59-60).

---

<sup>4</sup> Las citas de la obra de Góngora se harán a partir de la edición de Ponce Cárdenas (2010).



Como vemos, Polifemo está relacionado constantemente con el agua por ser hijo de Neptuno, por su comparación con el río Leteo, etc., y también con el fuego, por la comparación de su ojo con el Sol. Pero esto no queda aquí, en la estrofa VIII tenemos un paréntesis importante: «(adusto hijo de este Pirineo)», pues bien, el Pirineo, que es un monte quemado, recibe ese nombre de la raíz griega *pyr-*, que significa ‘fuego’. Además, se le describe como “adusto” hijo de este Pirineo, y esto es así porque él también está quemado: es un monte quemado (hay que recordar que anteriormente se le ha descrito como un «monte de miembros»<sup>5</sup>). De modo que vemos constantemente cómo la descripción de Polifemo oscila entre estos dos elementos, el agua y el fuego, pero también la tierra (un monte era de miembros) e incluso el aire (al viento que lo peina proceloso), es decir, constituye un universo elemental.

Una vez descrito Polifemo, todo oscuro, pasamos a la descripción de Galatea en la estrofa XIII, que es toda luz. La madre de Galatea es Doris, quien representa la generosidad de las aguas, ya que la ninfa es hija del mar: «vio el reino de la espuma» (v. 98). Si antes se ha comparado el ojo de Polifemo con el Sol, ahora se identifican los de Galatea con estrellas: «son una y otra luminosa estrella» (v. 101). Las siguientes estrofas continúan con la descripción de la ninfa, pero vemos también cómo se sigue jugando con esos dos elementos, agua y fuego, quizás para explicar la pasión, el fuego, y como el agua apacigua esto.

Ahora, la alusión del fuego queda a un lado, y pasamos a la alusión de la tierra y del agua, pues Góngora le dedica unas cuantas estrofas a los pretendientes marinos y terrestres de Galatea. Empieza por los marinos. El arranque del verso 161 es muy característico, pues tenemos una expresión literal del fuego de la pasión: «arde la juventud, y los arados / peinan las tierras que surcaron antes, / mal conducidos, cuando no arrastrados / de tardos bueyes, cual su dueño errantes». Podría definirse esto como un desajuste casi romántico originado en la isla por la hermosura de Galatea (Rodríguez Moranta, 2017: 227).

En la estrofa XXIII volvemos a atender a la mención del agua, pues se describe a Galatea descansando junto a una fuente, bajo la sombra de unos laureles, para protegerse del «sol ardiente» (v. 178); la descripción del momento del día, de máximo calor

---

<sup>5</sup> Cultismo semántico: ‘abrasado’, como recoge *Autoridades*: «Lo que es, ò está requemado, y tostádo à fuerza del calor del Sol, ù del fuego. Viene del Latino *Adustus*, que significa esto mismo». El hecho de describirle así es consecuencia de su actividad de pastoreo al aire libre: está abrasado por el sol. Es muestra de la coherencia narrativa de don Luis en el diseño de sus personajes.

canicular, implica simbólicamente, desde el elemento del fuego, el desatarse de la pasión, que está a punto de suceder con la aparición de Acis. Y, como es de esperar, también tenemos la alusión al fuego con referencia a los ojos de Galatea, anteriormente descritos, los cuales, por su luminosidad, junto al Sol, abrasarían el mundo de no estar cerrados: «al sueño da sus ojos la armonía / por no abrasar con tres soles el día» (vv. 183-184)

A continuación, entrará a escena Acis, a quien Góngora describe sudoroso y polvoriento, causa por la que se acercará a la fuente junto a la que descansa Galatea para refrescarse. En la estrofa XXVI, atendemos a la alusión al aire de forma mitológica, con la mención de Favonio, dios del viento. Este se encargará de crear el lugar donde tendrán encuentro las batallas de amor entre Acis y la ninfa: elaborará unas cortinas muy finas, de seda, y una cama fresca, con hierbas y sombra: «vagas cortinas de volantes vanos / corrió Favonio [...] / cuando no sea cama de frescas sombras...» (vv. 213-216)

La estrofa XXXV es destacable: una vez que Galatea ha encontrado a Acis, Góngora nos describe lo que la ninfa ve mientras lo observa: su cabello. El cabello de Acis es castaño, lo vemos cuando dice: «del casi tramontado sol aspira a los confusos rayos, su cabello». Podemos pensar que el cabello de Acis es pelirrojo, por la mención del Sol, pero habla de que los rayos del Sol son confusos, pues está situando todo en un atardecer, como dice en el cuarto verso de esta estrofa. Por lo tanto, el color del pelo de Acis no es pelirrojo, sino castaño. En cualquier caso, la relación visual con el color del sol en el atardecer remite, de nuevo, a los elementos. De ahí el verso 296: «sin romper muros, introduce fuego», donde se introduce el fuego de la pasión explícitamente. La pasión se desata en Galatea alterando su estado de ánimo, atacándola como la tormenta ataca a los marineros: «menos ofende el rayo prevenido, / al marinero, menos la tormenta / prevista le turbó o pronosticada; / Galatea lo diga, salteada» (vv. 301-304).

En el verso 327 atendemos a la introducción del *amor hereos* que sufre Acis, identificado con el fuego: «que, en tanta gloria, infierno son no breve». Esta es la razón por la cual en la estrofa XLIII se desata el fuego del ocaso cuando la relación se consuma, pero también es el fuego de la pasión de Acis y Galatea, que ya se ha consumado, y el de Polifemo, que está consumido (“ciego”) de amor: «de amor el fiero jayán ciego» (v. 341). También es evidente la descripción del atardecer con la metáfora del cabello encabritado, donde se alude otra vez al fuego y al agua: «su aliento humo, sus relinchos fuego / si bien su freno espumas» (vv. 357-358), se describe así el momento de la consumación.

Una vez descritas las batallas de amor entre Acis y Galatea, Polifemo vuelve a aparecer en la estrofa XLIII con relación al fuego, la luz, etc. Para mencionarle se alude a uno de los cuatro caballos que tiraban del carro del Sol (Etón): se le describe apoyando su cabeza en una roca y tapando el Sol que sirve de faro a los marineros. Parece mostrarnos a un Polifemo melancólico que va a comenzar ese “dulce” canto a la ninfa, pues el ocaso es el momento propicio para la melancolía, como muestra el grabado de Durero titulado *Melancolía*.

En la estrofa XLIV se narra cómo Galatea escucha el canto de Polifemo, pero lo destacado de esta estrofa es que la ninfa, una vez pasadas las batallas de amor, ha dejado de identificarse con el agua para hacerlo con la tierra, elemento con el que se identifica Acis, ya que es cazador: «breve flor, hierba humilde, tierra poca // que de su nuevo tronco vid lasciva» (v. 351). Aunque, cierto es, Galatea sigue teniendo esa cualidad “acuática”, ya que sus brazos son «cristalinos pámpanos» (v. 353). Acis, por su parte, sigue teniendo relación con la tierra, pues se le describe como un «infelice olmo» (v. 355).

Polifemo, ignorante de ese encuentro amoroso entre Acis y Galatea, comienza su canto a la ninfa en la estrofa XLVI. En las dos siguientes estrofas describe a la ninfa sumergiéndola en el elemento del agua, pues, como hemos indicado, él desconoce esa unión con Acis: «de las ondas [...] / de las hijas de Tetis, y el mar vea, [...] / cuantas el blanco pie conchas platea [...] / sin concebir rocío... / Sorda hija del mar [...] / purpúreos troncos de corales ciento, o al disonante número de almejas / -marino, si agradable no, instrumento-...» (vv. 369-381)

Él se describe así mismo en la estrofa XLIX, y claramente todo lo que dice tiene relación la tierra: «pastor soy [...] / que los valles impido más vacíos, // los cerros desaparezo levantados // y los caudales secos de los ríos...» (vv. 385-388). Posteriormente se describirá físicamente con menciones al agua y al fuego, por tanto, volvemos a lo anterior: Polifemo es un ser terrestre, quemado y descendiente del agua. Además, la alusión al fuego queda más clara cuando menciona a Febo, dios del Sol, para simular su hermosura. En la estrofa LIII encontramos de nuevo los elementos agua, tierra y fuego: «Marítimo alción roca eminente» (v. 417) pero, una vez más, será el fuego el más importante, representado de nuevo por ese único ojo del cíclope, el cual se refleja en el agua: «Miréme, y lucir vi un sol en mi frente // cuando en el cielo un ojo se veía...». (vv. 421-424) (Castro Rodríguez, s.f: 14-17).

En la estrofa LIX termina el canto de Polifemo, y se da paso, con elementos terrestres (*cabras, plantas, pastor, piedras, hiedras...*), a la estación del verano, algo importante para el desarrollo de la posterior acción de Polifemo al enterarse de los amores entre Acis y Galatea, los cuales han tenido acción en verano. Polifemo es pastor, y junto a él vive un redil de cabras, como se menciona en las estrofas que le describen. Además de pastor, es el encargado de cuidar las viñas de Baco, que sus cabras se estaban comiendo. Para evitar esto, el cíclope comienza a tirar piedras, con la casualidad que una de ellas va a dar al dosel en el que se encontraban los amantes en las batallas de amor. En la siguiente estrofa, LX, se narra cómo los amantes huyen hacia el mar, madre de Galatea, después de que Polifemo haya lanzado esa piedra y les haya descubierto desnudos. Polifemo vuelve a lanzar otra piedra para matar a Acis, aplastándolo. En la estrofa LXIII, se narra la muerte de Acis, quien se transforma en líquido aljófara (color claro del agua). Esto es efecto del aplastamiento de la roca que lanza Polifemo. En lugar de resultar un cuerpo aplastado, se genera un río que busca un cauce. Sus huesos como agua que corren llegan a Doris, madre de Galatea y diosa del mar. Y ella, con llanto piadoso, lo adopta como yerno porque se ha producido el *himeneo* entre Acis y Galatea, y lo proclaman (a Acis) como divinidad, puesto que los ríos eran divinidades. Así, vemos como al igual que Galatea pasó de relacionarse con el mar para hacerlo con la tierra tras conocer a Acis y desatarse la pasión, ahora será este quien deje de relacionarse con la tierra para hacerlo con el mar. Todo es producto del amor y pasión que los dos sentían.

Una vez visto cómo los elementos se manifiestan en el paisaje de la obra para ayudar al desarrollo de la acción, veamos cómo también son importantes en los temperamentos de los personajes, sobre todo en los del cíclope Polifemo.

## 5.2. Temperamentos y personajes.

Parece importante señalar uno de los temas que más controversia tuvo durante la Edad Media y los posteriores Siglos de Oro, que trascendió a la literatura y que tiene mucha relación con la teoría hipocrática: la enfermedad del *amor hereos*. El amor, en este momento, se va a explicar desde el punto de vista médico. Los comentaristas árabes de Aristóteles son los que empiezan a fundamentar toda la medicina en el binomio cuerpo-alma. Este binomio es lo que funcionará en la medicina medieval, ya que el amor tiene efectos psicológicos y fisiológicos.

Como ya hemos venido apuntando anteriormente, los personajes de la obra se mueven por temperamentos condicionados por el paisaje y la estación que se presenta en la obra: el verano.

Polifemo será explicado en último lugar porque es su temperamento colérico el causante del trágico final de la *Fábula*.

Comencemos, entonces, con los temperamentos de la ninfa Galatea: podemos observar alguno cuando rechaza a sus pretendientes marinos, porque actúa con flema, temperamento que tiene relación con el agua. Por ejemplo, en la estrofa XVI, rechaza a Palemo, que es rico, pero feo, como Polifemo. La flema la vemos en los dos últimos versos de la estrofa, donde se narra cómo la ninfa huye por tierra de este pretendiente, que la sigue por mar: «de la que, aún no lo oyó y, calzada plumas, / tantas flores pisó como él espumas». Pero, será en la estrofa siguiente donde se manifieste el desdén de Galatea hacia sus pretendientes: se expresa, además, con esa oposición delfín / corza, agua / tierra, que la ninfa y Palemo son muy diferentes, por lo que nunca podrán estar juntos, aunque él sea capaz de hacer cualquier cosa por ella. Todos los habitantes de la isla adoran a Galatea, algo que se expresa en la estrofa XIX. A continuación, en la estrofa XXI nos hablará de los pretendientes terrestres, quienes, en lugar de arar las tierras, las peinan, porque están enamorados de Galatea, y eso hace que no realicen bien su trabajo. En la siguiente estrofa, Góngora habla de un perro que, al llegar la noche, está mudo y dormido. Estos dos estados son los del enfermo de amor: el silencio y el sueño. Este perro no realiza bien su trabajo de cuidar al rebaño de ovejas de los lobos porque, el sueño y el silencio no se lo permite. En los últimos versos, Góngora invoca a Cupido para que se lleve el sueño y el silencio de estos perros, para que así puedan hacer bien su trabajo: «¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño / el silencio del can siga, ¡y el sueño!» (vv. 175-176)

Ante todo esto, Galatea actúa flemática, rechazando a cada uno de sus pretendientes, hasta que llegue Acis, un cazador que va a presentar un temperamento sanguíneo respecto a la pasión amorosa de Galatea. Se alude a él como un «venablo de Cupido» (v.193), porque *acis* en griego significa ‘punta de la flecha’. De modo que, frente a esto, entendemos que Acis es esa flecha que Cupido lanzará para que Galatea se enamore de él. Su temperamento sanguíneo comienza a verse en la estrofa XXIV, pues en los vv. 187-188, se narra cómo Acis llega sudando y sucio, y va a parar a la fuente en la que Galatea estaba descansando, para refrescarse y beber agua («polvo el cabello,

húmidas centellas, / si no ardientes aljófares, sudando»). Y aquí es donde ve a Galatea («dulce Occidente viendo al sueño blando»). Este temperamento tiene relación con el calor, el fuego, etc., de ahí la descripción que hace Góngora del cazador; además, todo esto ocurre en verano, lo que provoca ese estado de Acis. Con esto, además, se adelantan las batallas de amor.

Los sanguíneos suscitan deseo, interés, pasión, y esto es lo que hará Acis con Galatea: va a hacer que se sienta interesada por él dejando una ofrenda para cuando ella despierte: una cesta de mimbre con frutos. Ella no sabe quién ha hecho esto, y comienza a descartar pretendientes: el primero al que descarta es Polifemo, porque sabe que este hubiera abusado de ella mientras dormía, característico de los coléricos. Esto lo vemos en la estrofa XXX. Galatea cada vez está más y más enamorada de Acis, sin saber si quiera quién es o como se llama.

Ella comenzará a buscarlo, hasta que lo encuentre dormido –aunque en verdad estaba despierto, es una trampa para ver cómo actúa Galatea: «urbana al sueño, bárbara al mentido / retórico silencio que no entiende» (vv. 259-260) –. Una vez que lo encuentra, comienza a observarlo con una postura extraña: como un águila inmóvil («ave reina») que intenta cazar a su presa («pollo milano»).

El temperamento sanguíneo tiene relación con el fuego, y será a continuación donde más observemos el desarrollo de este temperamento, tras el despertar de Acis: «sin romper muros / introduce fuego» (vv. 295-296). Algo característico de estos versos es que se describe muy bien en qué estado se encuentra cada uno de los personajes: Acis sabe perfectamente lo que hace: «el sueño de sus miembros sacudido, / gallardo el joven la persona ostenta / y al marfil luego de sus pies rendido, / el coturno besar dorado intenta» (vv. 297-299); frente a Galatea, que, además de excitada, está tensa, sobresaltada: «menos ofende el rayo prevenido / al marinero, menos la tormenta / prevista le turbó o pronosticada / Galatea, lo diga, salteada» (vv. 301-304). (Trebejo Barriento, 2016:137-138).

Galatea, después, se mostrará amable, tranquila, sosegada. Pues, como hemos visto hasta ahora, ha pasado de un temperamento flemático con sus pretendientes, a los que ha rechazado, a uno sanguíneo al conocer a Acis: se interesa por él, le atrae. (Ivorra, s.f.: s.p.).

En la estrofa XXXIX se menciona una paloma, que anticipa la estrofa XL, donde hay unas palomas zureando, sonido que incita al joven Acis a iniciar una relación con

Galatea, que es lo que se narra en esta estrofa. Pero, la ninfa limita todo eso con desvíos suaves, poniendo límites al ruido de las alas de las palomas cuando se aparean. Continúa, en cierto modo, flemática. Pero, estando ya los dos tumbados en esa alfombra natural que se ha descrito en los vv. 319-320, Galatea, en la estrofa XLII, pone fin a esos límites porque se sobreentiende que Acis está iniciando el asedio, como buen sanguíneo que es: «cuando al clavel el joven atrevido / las dos hojas la chupa carmesíes».

De modo que vemos como Galatea se presenta flemática, aunque después será sanguínea, como Acis, al darse esas batallas de amor. Esto tiene relación con esa conversión que hace Galatea de pasar de relacionarse, aunque no del todo, con los elementos del mar, para hacerlo, tras su unión con Acis, con los de la tierra, ya que él es cazador. Puede que esto sea símbolo de la entrega y la pasión que siente Galatea por Acis.

Mientras esto ocurre con los protagonistas, en su agonista, Polifemo, iremos encontrando diferentes temperamentos. Veamos cuáles son y cómo se manifiestan.

### *5.3. El personaje de Polifemo, de la melancolía a la cólera*

En la descripción que Góngora hace de Polifemo, lo presenta como melancólico. La mujer, Galatea, es la que hace que se sumerja en esta melancolía, porque lo ignora y es ese efecto del amor no correspondido. En cambio, con la melancolía colérica, se le presenta como violento. Por lo que el poeta habla de Polifemo como el verdadero temor de Sicilia. Veamos ahora cuál es su paso desde la melancolía a la cólera en la obra:

Góngora comienza describiendo el hábitat de Polifemo, que es el propio de un melancólico, en la estrofa V. En el primer verso de esta estrofa se habla de un «escollo duro», el cual se refiere a la piedra que cubre la cueva de Polifemo. Esta cueva está cubierta por troncos robustos y por una piedra enorme que le sirve de puerta. Estos elementos evitan que entre luz y aire: «menos luz debe, menos aire puro» (v. 35). Es una cueva oscura, como el cíclope, que será descrito a continuación. Alrededor de esta cueva vuelan «nocturnas aves», que son murciélagos, que «gimen tristes y vuelan graves» (v. 40).

Claramente, la descripción de Polifemo, a la cual se ha aludido anteriormente, es la propia de un melancólico: es descrito como un monte quemado y, al fin y al cabo, ese elemento del fuego tiene cierta relación con la melancolía. Pero, la melancolía en sí se relaciona con la tierra, pues él es un pastor, es un ser terrestre, y quizás el hecho de aludir

en su descripción al fuego constantemente puede ser porque nos esté adelantando el final de la obra, con la cólera de Polifemo.

Posterior a esto, en las estrofas X y XI se describe el zurrón de Polifemo, que es un elemento típico de los cabreros, donde guardaba comida. Todos los alimentos que se describen son muy terrestres y característicos del otoño, estación típica de los melancólicos.

Tras esto, tenemos la descripción de las batallas de amor entre Acis y Galatea, de los que se ha hablado en el punto anterior, pero debemos destacar la estrofa XXII, en la cual Góngora habla de un perro que, al llegar la noche está mudo y dormido: «mudo la noche el can, el día, dormido, / de cerro en cerro y sombra en sombra yace / Bala el ganado; al mísero balido, / nocturno el lobo de las sombras nace...». Ya hemos indicado antes que estos dos estados son los del enfermo de amor: el silencio y el sueño. Los perros, también, están relacionados con los melancólicos.<sup>6</sup>

La melancolía de Polifemo la vemos también en la estrofa XLIII: «su aliento humo, sus relinchos fuego», algo que se refuerza con la mención de Etón, uno de los caballos que tiraban del carro del Sol, como hemos indicado antes. Es importante aclarar que el aliento y los relinchos no son de Polifemo, sino de los caballos encabritados de Etón, pues se está describiendo el atardecer, momento clave para la melancolía.

Como indica Ivorra (s.f.: s.p), es llamativo que el canto de Polifemo sea tierno y no violento, algo que no se corresponde con su fama de ser el temor de la isla de Sicilia. Ahora, Polifemo, en la estrofa XLVII va a invitar a Galatea a salir del mar –efecto de esa melancolía amorosa que atempera su carácter violento–, pero algo que él no sabe es que ella ya no está en el mar, sino en la tierra, con Acis, donde el cíclope la invita: «[...] deja el rubio coro / de las hijas de Tetis, y el mar vea [...], // cuando niega la luz un rayo de oro [...] // pisa la arena, que en la arena adoro...» Parece que le pida que deje de ser tan flemática, tan distante, y que sea más sanguínea, que se acerque a él. Continuará, hasta la estrofa LV, donde observamos algún hipérbaton violento: «de cuantas vomitó riquezas, grave // por las bocas del Nilo Oriente» (vv. 435-436), describiendo a Galatea con estos términos de amor, delicadeza, etc.; y es así porque aún no conoce lo que en verdad está haciendo Galatea; podríamos decir que está sumido en una cierta melancolía, de ahí que

---

<sup>6</sup> En el cuadro de Durero, *Melancolía I*, se encuentra un perro demacrado: los perros suelen aparecer en las representaciones de la melancolía. El perro de este cuadro es conocido como “perro famélico”, acompañado, a lo lejos, de un demonio con una inscripción que dice “Melancolía I”. (Horacio de Freitas, 2013:219). También es interesante mencionar cómo los perros se relacionan con la rabia, que produce la locura, como la melancolía.



en la estrofa LI diga: «del Júpiter soy hijo, de las ondas, // aunque pastor; si tu desdén no espera // a que el monarca de estas grutas hondas // en trono de cristal te abrace nuera, // Polifemo te llama, no te escondas // que tanto esposos admira la ribera // cual otro no vio Febo más robusto // del perezoso Volga al Indo adusto». Como vemos, se describe a sí mismo como un melancólico, de ahí ese adjetivo, “adusto”, pues Galatea no le hace caso aun siendo el hijo de Júpiter. Por esto, la actitud de Polifemo durante el canto choca con la descripción que hace Góngora, pero en cuanto sepa de las batallas de amor entre Acis y Galatea, volverá a ser el mismo: ese cíclope colérico, «horror de aquella sierra».

Todo esto se narra en verano, cuando se da la constelación de Sirio (estrofa XXIV), trasunto estacional de las pasiones desatadas: «latiendo el Can del cielo estaba» (v. 186). El verano se relaciona con la cólera, que es caliente y seca, por tanto, Polifemo ahora está bajo una melancolía colérica, que es lo que explica que lance esa piedra a Acis hasta aplastarlo. La acción de Polifemo se justifica, en cierto modo, con la estación en la que se da todo, que, junto con el fracaso de sus pretensiones amorosas, es lo que le lleva a pasar de la melancolía a la cólera.

La estrofa LIX es clave para el final: es el momento en el que Polifemo descubre algo que jamás se hubiera imaginado: encontrarse a Acis y Galatea en sus batallas de amor. Como anteriormente se ha mencionado, Polifemo es pastor y viñador, porque cuida las viñas de Baco. En este momento, las cabras se estaban comiendo las viñas y, Polifemo, para evitar esto comienza a tirar piedras, hasta que una va a dar al dosel en el que se encontraban los amantes, descubriendo a su amada con otro hombre. Los amantes, como se narrará en las estrofas siguientes, huyen hacia el mar, madre de Galatea, en busca de ayuda, pero Polifemo lanzará otra piedra, bajo ese estado colérico, que alcanzará a Acis y lo aplastará, llevándole de la tierra y del fuego (la pasión), al mar de la muerte.

## 6. CONCLUSIONES

Como ya hemos afirmado anteriormente la doctrina de los temperamentos podría considerarse como la versión de la doctrina de los elementos en el hombre. Y así lo hemos comprobado en el análisis de las pasiones de los personajes, dando cuenta de cómo el paisaje que les rodea no es azar, sino que está ahí por algo, tiene un significado: aumentar la carga temperamental de los personajes. Así, podemos observar también como los personajes cambian sus temperamentos, y con ellos la naturaleza –los elementos–. Por

ello, podemos concluir que el hombre es ese microcosmos adentrado en el macrocosmos, el universo, como bien afirmó Francisco Rico (2005).

La doctrina de los elementos fue adentrándose poco a poco en todos los ámbitos de la cultura, hasta llegar a autores del Siglo de Oro como Góngora, asentando las bases de “preciencia” basada también en los temperamentos, teoría a la que aludieron médicos como Aviñón, y que llegó también a autores y personajes de la literatura universal, como Hamlet o nuestro Polifemo.

Para escribir esta obra, Góngora tuvo muy en cuenta a Stigliani y a Marino, pero también a Sotomayor, el único que recrea en términos eróticos las escenas de amor entre Galatea y Acis; escenas que en Góngora son de gran importancia. Desde Ovidio sólo se reproducía el canto de Polifemo, y en ocasiones, de Galatea. Góngora, en cambio, inicia el canto al final. Pero, la maestría de Góngora se aprecia más bien al jugar con conocimientos del acervo común integrados con soltura en la narración de su poema. Como hemos ido observando, los personajes se comportan de acuerdo con su temperamento, tal y como Góngora los ha diseñado. Pero esto no queda aquí, la magia de la obra va más allá, sumergiendo al lector y a los propios personajes en un universo lírico de sorprendente belleza, descrito con metáforas, hipérbatos, cultismos, etc., y estableciendo, así las bases de la corriente gongorista.

## 7. BIBLIOGRAFÍA.

- ALBORES-GALLO, LILIA; MÁRQUEZ-CARAVEO, M<sup>a</sup> ELENA; ESTAÑOL, BRUNO (2003): “¿Qué es el temperamento? El retorno de un concepto astral”, en *Salud Mental*, vol. 26 (nº3), pp. 16-26.
- ARISTÓTELES (1996). *De Caelo*, trad. Candel, M., Madrid, Gredos.
- ARISTÓTELES. (1995). *Física*. trad. G. R. de Echandía, Madrid, Gredos.
- CASTRO RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>LUISA (s.f): “Los cuatro elementos en la *Fábula de Polifemo y Galatea*”, Universidad Nacional Autónoma de México.
- COVARRUBIAS, SEBASTIÁN (1611): *Tesoro de la lengua castellana o española*. En línea en: << <https://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=2937>>>
- DE LA BARCA, CALDERÓN (1635 [2007]): *La vida es sueño*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En línea en << [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-vida-es-sueno--0/html/fedc73fa-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-vida-es-sueno--0/html/fedc73fa-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html)>>
- EMPÉDOCLES (1981): *Sobre la naturaleza de los seres y las purificaciones*, Buenos Aires, Aguilar.
- GALENO (1916): *Sobre las facultades naturales. Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo*. Madrid, Gredos, pp. 169-214.
- GARCÍA GUAL, CARLOS (1995-1996). “Empédocles de Agrigento”, *Universitas Philosophica*, vol. 25-26, pp. 11-25.
- GÓNGORA, LUIS DE (1627 [2010]): *Fábula de Polifemo y Galatea*. ed. Jesús Ponce Cárdenas, Madrid, Cátedra.
- GONZÁLEZ ESCUDERO, SANTIAGO (1981-1982): “Raíces y elementos en Empédocles”, en *El Basilisco*, vol. 13, pp. 62-69- En línea en: <<<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2474442>>>
- HIPÓCRATES (1986): *Tratados hipocráticos*, Madrid, Gredos.

- HORACIO DE FREITAS, JUAN (2013): “Melancolía y flema. Consideraciones humoralistas en torno a la noción de melancolía en *El origen de Trauerspiel alemán*, de Walter Benjamin”, en *Tópicos, Revista de Filosofía*, vol. 45, pp. 197-234.
- HUARTE DE SAN JUAN, JUAN (1575 [2003]): *Examen de ingenios para la ciencia*. En línea en: <<<https://delajusticia.com/wp-content/uploads/2015/01/examen-de-ingenios.pdf>>>
- IVORRA, CARLOS (s.f.): “Poesía de Luis de Góngora: Fábula de Polifemo y Galatea”, en *CarlosIvorra*. En línea en: <<https://www.uv.es/ivorra/Gongora/Gongora.htm>>>, último acceso: 18/06/2021.
- JUAN MANUEL, INFANTE DON (1952): “Libro del cauallero et del escudero”, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, Madrid, Atlas.
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, SOR (1689 [2005]): “Loa a los años del reverendísimo padre maestro fray Diego Velázquez de la Cadena, representada en el Colegio de san Pablo”, en *Inundación castálida*, Madrid. Biblioteca Nacional. En línea en <<[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/inundacion-castalida--0/html/e59d0e1e-7e62-4169-9386-247b6678ec06\\_4.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/inundacion-castalida--0/html/e59d0e1e-7e62-4169-9386-247b6678ec06_4.html)>>
- PLATÓN, (1969): “Timeo de la naturaleza”, en *Obras completas*, Madrid. Aguilar.
- QUEVEDO, FRANCISCO DE (2011): “Amante ausente, que muere presumido de su dolor” en *Poesía amorosa*, ed. Rey, Alfonso. y Alonso Veloso M<sup>a</sup> José, Pamplona, EUNSA, pp. 293-294.
- RICO, FRANCISCO (2005): *El pequeño mundo del hombre: varia fortuna de una idea en la cultura española*, Barcelona, Destino.
- RODRÍGUEZ MORANTA, INMACULADA (2017): “El amor y la expresión petrarquista en la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora”, *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, pp. 223-248.
- SALAZAR RINCÓN, JAVIER (2002): “Entre la ciencia y el sueño: notas sobre la fortuna de los cuatro elementos en las letras españolas”, *Rimas*, vol. 64 (nº 128).

SERÉS, GUILLERMO (2019): *Historia del alma. Antigüedad, Edad Media, Siglo de Oro*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

TREBEJO BARRIENTO, ÁNGEL (2016): “El loco amor como enfermedad mental. Los cuatro humores en el *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, de Alfonso Martínez de Toledo”, *Acta Poética*, vol. 37 (nº 1), pp. 129-144.

VILLENA, ENRIQUE DE (1980): *Tratado de astrología*, Barcelona, Río Tinto Minera.